

Historia

**REFLEXIONES EN VIAJE
LA CRUZ DE BARACOA**

MANUEL URIBE ANGEL

1875

Nota: Este libro se transcribió exactamente igual al original, respetando la ortografía y la redacción utilizadas en la época.

ADVERTENCIA

Esta carta ha sido escrita con un objeto puramente confidencial; nos ha sido leída por su autor, en razón, quizá, de considerarnos con perfecto derecho á conocer lo que en asuntos morales conviniera ó nó saber á nuestro hijo. Por la lectura de ella, hemos creído que niños aún incapaces de alcanzar su significación, la verían con poco aprecio, y acaso la dejarían perder. Es, pues, con el fin de asegurarla, con el que hemos tomado sobre nosotros la responsabilidad de su publicación. Conocemos la intención en que está nuestro amigo el señor doctor Uribe, de contribuir á la educación de los jóvenes á quienes va dirigida, por medio de una serie de cartas de que esta puede considerarse como la primera. Así, pues, sí el lector encontrare algo que le pareciere incompleto ó truncado en el asunto de que trata, le suplicamos suspenda su juicio crítico, hasta que ulteriores desarrollos den base para calificarla en un sentido favorable ó adverso.

Medellín, octubre de 1875,

TOMAS URIBE S.

LA CRUZ DE BARACOA

Medellín, octubre 6 de 1875

Señores Luis G. Johnson y Elías Uribe L.

Queridos hijos adoptivos. Si alguna vez navegaren ustedes por el paralelo veintiuno del norte, minutos más ó minutos menos, de occidente á oriente y á lo largo de la costa setentrional de la preciosa isla de Cuba, acuérdense ustedes de mí, y traten de armonizar sus impresiones de entonces, con las gratísimas que yo he tenido viajando por esos parajes.

El día 25 de julio del presente año, me encontraba á bordo del vapor *Motezuma* recibiendo la hospitalidad marítima, que con mano larga y corazón franco me daban el amabilísimo Capitán Llovet y todos los miembros de la tripulación.

Á las siete de la noche de ese día hacía claro de luna y claro de estrellas, circunstancia que daba no poco encanto á la escena tropical. Me sentía tan bien en mi salud, y tan dispuesto á gozar sin restricción alguna las dulzuras de aquel momento, que solo y recostado sobre uno de los bancos de popa, me entregué á la libre contemplación de cuanto me rodeaba.

El mar cubano, tan alterado y bravío en las épocas de equinoccio; tan recio y destructor durante el cordonazo de San Francisco; tan dispuesto en sus vendavales á querer arrancar de sus fuertes cimientos de coral todas las islas de las Antillas, se mostraba aquella noche manso y sosegado, como una taza de agua sobre el centro de una mesa de mármol.

Los astros alumbraban el campo del cielo como un fulgor tan limpio, que por ilusión creía poder distinguir con la simple vista los Satélites de Júpiter y el anillo de Saturno.

Un momento después el Capitán se me acercó y tomó asiento á mi lado:

-Respiremos este aire, me dijo; platiquemos un poco, refresquémonos con el ambiente de este hermoso tiempo y pasemos el rato. Mañana, agregó llegaremos entre las nueve y diez á Baracoa: para usted, que es curioso é investigador, esa ciudad no carecerá de interés. Baracoa, es, según el sentir general de las gentes, el punto primero de la isla en que tocó Colón al tiempo de su descubrimiento.

-Esa opinión, Capitán, creo que necesita rectificarse un poco, le respondí. Colón alcanzó á divisar, si no me engaño, la isla de Cuba el día 27 de octubre de 1492 al anochecer, y llegó á ella al día siguiente por la mañana. Entiendo que no desembarcó primero en Baracoa, como se dice: desembarcó en el puerto Samá, mas al occidente, como usted lo sabe mejor que yo. De Samá zarpó al ocaso y llegó hasta cerca de Maternillos y de Punta-muertos, lugares entre los cuales se halla el fondadeadero de Nuevitas. De Punta-ganados, próximamente vecina á los sitios que indico, el almirante retrocedió é hizo rumbo al oriente, tocando en Gibara, Vanes, Leviza, Punta-lucrecia, Punta-moa, y últimamente en Puerto-santo ó Baracoa. En todas estas vueltas y revueltas de reconocimiento, don Cristóbal desembarcó en Puerto-príncipe para colocar

una cruz sobre la ribera; pero eso no fue sino el 18 de noviembre. El 27 de este mismo mes, parece ser el día en que nuestro descubridor desembarcó en Baracoa, en donde permaneció hasta el 4 de diciembre, y tomando luego la dirección del este, dobló la punta Maisí, alcanzó á divisar tierra separada de la isla de Cuba, se dirigió hácia ella y dio con el cabo Sannicolás en Haití.

-Ya que usted habla de una cruz, puesta por el célebre genovés en Puerto Príncipe, le diré que en Baracoa existe otra muy célebre, tenida generalmente por ser la primera depositada por Colón en persona sobre el suelo de América. Creo que una visita hecha á este objeto de civilización religiosa en el nuevo mundo, no le sería indiferente. Trate usted de verla durante las pocas horas de nuestra detención; mi lancha y dos marineros estarán á sus órdenes. Fuera de eso, el sitio es bastante pintoresco, y un ligero estudio sobre él no carecerá de algún incentivo.

-Haré de muy buena gana lo que usted me aconseja, Capitán. La cruz De Baracoa no será la primera que haya tocado tierra en América; Colón era harto respetuoso por esta señal, para que olvidara poner una Guanahani, fuera de la que puso en Puerto-príncipe, pero como quiera que las dos primeras hayan sido olvidadas ó perdidas, siempre resulta que la de Baracoa es la cruz histórica por excelencia.

Cuando al día siguiente por la mañana salí á la cubierta del vapor, dirigí la vista para el lado de la Costa, y alcancé á ver una gran mole montañosa de figura cúbica y bastante elevada.

Esa montaña imita con su forma, el instrumento de que se sirven los herreros como punto de apoyo para amartillar y forjar el hierro, y por eso y por estar cerca del Puerto la llaman los navegantes el Yunque de Baracoa. El tiempo continuaba despejado y bello. Como á las diez de la mañana navegaba nuestro buque por un angosto y profundo canal y penetraba á una bahía circular, medianamente espaciosa y tranquila como las aguas de un estanque. El *Motezuma* fondeó como á trescientos metros de la playa, y nos hizo ver enfrente la ciudad, colocada sobre una pequeña eminencia en forma de anfiteatro. Esa pequeña altura está constituida por rocas madreporicas de color blanquecino, quebradas y abruptas, estrujadas y hendidas por el embate de las olas y la acción prolongada de los tiempos.

Las montañas elevadas del lado del Poniente, están cubiertas de la lujosa y siempre verde vegetación tropical, y en la prolongación norte de una de ellas, se alcanza á distinguir, dibujada como por la mano caprichosa de la casualidad, la cara de un indio de formas descomunales y con los caracteres propios de la

raza americana. Este capricho geológico, es congénere con el busto de un religioso, estampado por el mismo mecanismo sobre otra punta rocallosa que demora mas al oriente, conocida con el nombre de *Punta del fraile*.

Formando como una especie de óvalo artístico á toda esta tranquila y apacible bahía, se destacan lozanas y elevadas algunas acacias y palmeras de diversos géneros, ostentando las unas sus flores rojas y amarillas, y las otras sus ricos y opulentos racimos de cocos. El follaje de esos árboles es constantemente agitado por las brisas del Levante, que reinan en la estación, y el redondeado y crespo penacho de los cocoteros, se mece incensamente como un enorme abanico providencial, para enfriar la atmósfera comburente de aquellas latitudes. El agua del mar no tiene ya, el aspecto verdi-negro de las grandes profundidades; refleja francamente el verde concentrado de las más finas esmeraldas de Muzo, y el paisaje entero asume condiciones de tanta belleza, que cualquiera se inclinaria a creerse transportado como por ensalmo, á uno de esos sitios pintorescos y ponderados del Oriente, si no fuera preferible tomar la realidad, y persuadirse una vez por todas, de que habita en los senos de nuestra linda América, que son mejores y más espléndidos.

Un momento después de nuestra llegada me encontraba en el muelle, y ascendiendo con rapidez una corta pero escarpada pendiente, me hallé en la calle principal de Baracoa.

Por poco que sea la sangre inglesa que haya en un cuerpo humano cualquiera, siempre se tiene mas ó menos propensión al estudio de cosas raras ó maravillosas. En las yenas de un yankee, siempre hay más ó menos el fluido rojo de sus progenitores. Por eso Mr. Bell, joven americano que venía a bordo desde el momento en que supo el objeto que me llevaba á la iglesia de Baracoa, se hizo mi compañero inseparable.

Indagando, supe que en la extremidad occidental de la calle mayor se encontraba la iglesia parroquial. Anduvimos en esa dirección, y como doscientos metros ántes de llegar á un edificio o que parecia ser templo, nos acercamos á una casa de bella apariencia netamente de estilo español, de esas que desde la calle dejan ver todos los pormenores de su interior, y á las cuales se entra á veces comenzando por el salon de recibo.

Un viejecito limpiamente vestido, peninsular de pura sangre á lo que me pareció, noble de rostro y de ademanes, vivaracho, á pesar de ser octagenario, estaba de pié en el quicio de la puerta principal. Hablaba con otro caballero, que por el aire de su fisonomía y por su respetuosa actitud, me pareció ser su hijo, y en el

centro de la sala, junto á una mesa redonda, había sentada una señora anciana de bello rostro, y con una de esas cabelleras blancas como la nieve, peculiares á la raza caucásica y ante las cuales no podemos dejar de traer á la memoria, á esas viejas matronas compatriotas nuestras, que tanto han llamado nuestra atención en la infancia. Esa señora cosía y otra de ménos edad leía, meciéndose en una butaca de mimbres, como las usan las criollas de las Antillas.

Llamé la atención del anciano y le dije:

-Excuse usted, señor; tenga la bondad de indicarme dónde queda el presbiterio.

-El presbiterio queda, me dijo, señalando con el dedo, en la extremidad derecha de la segunda calle, enfrente de la iglesia que usted ve.

-Necesito hablar con el señor Cura, porque quiero solicitar permiso de él para ver la cruz de Colón, que me dicen está depositada en el templo parroquial.

-Muchos extranjeros vienen con la misma pretensión de usted. Yo no sé ciertamente si esa cruz fue puesta en ese lugar por el mismo Colón; me inclino á pensar que alguno de sus compañeros la labró y la colocó donde se encontró después. El hallazgo tuvo lugar cuando ya la fundación de la villa estaba hecha; y cuando ya don Diego Velásquez la ocupaba como Gobernador de la isla de Cuba. Desmontado el campo para edificar la iglesia, dieron con ella debajo del follaje espeso de una parra silvestre, que los americanos llaman *agrás*. Al principio se tuvo como milagrosamente aparecida, pero después se ha dado la explicación que acabo de indicarles y que parece natural y de acuerdo con los hechos. Sea como fuere, agregó, esa cruz es siempre monumental, y usted hará bien en verla.

Dí las gracias á mi interlocutor, y nos pusimos mi compañero y yo en acción de continuar camino; más antes de emprenderlo oí que me decía:

-A mi turno, perdone usted, pero si no fuese indiscreción, querría saber el nombre de su país.

-Soy colombiano.

-¿Colombiano? Yo tuve en mi juventud un grande amigo compatriota de usted; murió en Londrés hace yá muchos años, fue Presidente de su República, buen diplomático, estadista, literato distinguidísimo, médico de mucha ciencia, excelente amigo, y, por encima de todo, caballero como Bayardo, sin tacha y sin mancilla. Todavía me conmuevo tiernamente á su recuerdo; pasé ratos deliciosos en su compañía, y se llamaba el doctor don José Fernández de la Madrid. Oiga usted, añadió, aún conservo en la memoria esta pequeña

composición, improvisada por él, un día en que comiendo con amigos estaba en vena, cosa de resto ordinaria, pues era fecundísimo poeta; la composición á que aludo dice así:

Si de la amistad no fio
Menos fio del amor,
Que es un niño embaucador
Y de corazón impío,
Del bribonzuelo me rio;
De sus penas y placeres,
No me darán mis quehaceres
Ni el amor ni la amistad,
Que esta es solo falsedad,
Y aquel cosa de mujeres.

Yo le contesté con esta otra, añadió:

Contra Pitias conocidos
Contra Piládes y Oréstres
¿Será justo que tú asestes
Esos tiros tan temidos?
Los amores ofendidos
¿Por qué causa? Y qué razones
Tendrás, Madrid, con que abones
Una ofensa que desdora
Á tu Amira, que te adora,
Y á virtudes á millones?

Por el sabor ligeramente mitológico de estos versitos, y por la travesura genial que se revela en la estrofa del doctor Madrid, no tuve dificultad alguna en considerarlos auténticos y de origen puro. Supliqué á aquel caballero que, sí para ello no había inconveniente, me diese una copia, lo que hizo de buen talante y con mucha amabilidad. Tenía mi amigo el Señor Madrid, agregó, fuera de su Amira, dos niños tiernos, Periquito y Pepa. ¿Qué ha sido de esa buena familia?

-Hace mucho tiempo que no voy a Bogotá, pero sé que Amira no ha muerto aun; Gabrielita y Pepita murieron hace ya algunos años, y Periquito acaba de descansar en el Señor hace pocos meses. Ese niño se hizo un hombre importantísimo, y la República entera deplora su muerte como una pérdida irreparable.

Mi respuesta pareció contristar muy de veras al buen hombre.

Mi yankee y yo nos despedimos, y bien pronto entramos en la Iglesia. El sacristán, muy complaciente, como suelen serlo las personas de su oficio, á nuestro requerimiento sacó la cruz de Colón para enseñárnosla, y nosotros la vimos y contemplamos con un positivo respeto.

Dicha cruz parece ser hecha de roble blanco, porosa y excesivamente tosca, está compuesta de dos maderos groseramente labrados; tendrá de altura como un metro y cincuenta centímetros, y hacia su extremidad inferior, sumamente gastada, da señales evidentes de haber sido más larga y de haber llegado á ser más corta por haber suministrado fragmentos á los viajeros y á los piadosos.

Después de verla y de estudiarla, en lo poco que tiene para ver y para estudiar, dije al sacristán que yo también quería un pedacito. Me lo negó rotundamente diciendo que, para darlo, tenía prohibición expresa del señor Cura.

Con el fin de obtener el objeto deseado nos dirigimos a la casa cural; tocamos, y un sacerdote anciano nos introdujo en un salon.

Sin mas preámbulo dirigí al sacerdote estas palabras:

- Soy extranjero, soy cristiano, acabo de ver la cruz del Almirante, todo americano tiene accion en ella y vengo a reclamar mi parte.

-Si todos los que reclaman, contestó, tuvieran parte en esa cruz, ya no habría ni cruz ni reclamantes. Es precioso conservarla; lo siento, pero no daré a usted ni un átomo de ella.

Insistí cortésmente en mi petición, y él cortésmente insistió en su negativa.

Á pesar de eso, noté en el tono jovial, ligeramente burlesco y, si no fuere ofensiva la frase, en el aire un tanto beato y un tanto zumbon del padrecito, que no sería difícil llegar á un buen resultado.

-El buque va á partir, señor, estamos un poco urgidos por el tiempo; mas no será ya simplemente un pedazo del santo madero el que usted me dará: será uno para mi compañero, que es también cristiano, y otro para mi.

-Y ¿para que quieren lo que solicitan con tanto empeño?

-Lo queremos como recuerdo de viajeros, como una base de estudio, como una reliquia histórica, como un objeto que levanta grandes recuerdos en el alma y que ofrendaremos, a caso más tarde, a un museo de nuestra patria, ó a una persona querida, que lo conserve con veneracion.

-Todo lo que usted dice, me parece edificante y bueno; pero no puedo acceder á sus pretenciones.

Por un capricho de que no me doy cuenta, ó mas bien como haciendo fuego en retirada, dije por último al Cura: *"Da mihi Domini, lignum crucis, qui tollit peccata mundi"*.

El buen Párroco se sonrió un poco, y respondió: -Aunque el latin de usted no me parezca, ni de lo mas castizo ni de lo mas original, voy á dar a ustedes un fragmento de la cruz.

Tomó inmediatamente un cuchillo, se dirigió al templo en nuestra compañía, cortó dos pequeños pedazos, los envolvió cuidadosamente y nos lo entregó.

El *súbdito* del general Grant miró su paquetito con atencion y con la calma propia de los de su casta dijo: *very well*, y lo puso en el bolsillo del chaleco. Guardé tambien el mio, dimos las gracias, nos despedimos y tornamos á la embarcación.

Lo dicho hasta aquí es simplemente una referencia del modo como ví la cruz de Baracoa. No tengo embarazo alguno en confesar á ustedes, que el cuento está desnudo de todo interés. Tómenlo, mis queridos amigos, como un simple exordio, y tratemos de penetrar un poco más en el carácter de la intención que me ha guiado al escribir esto y lo que sigue.

¿Qué es una cruz?

Una cruz es una cosa bien simple en cuanto á la forma; es la unión metódica de dos líneas rectas colocadas con cierta intención; es la formación de cuatro ángulos rectos con sus vértices correspondiendo en un mismo punto; es algo tan sencillo, tan común y tan fácil, que todo el mundo comprende y conoce; pero para que no duden de lo que es, fabriquemos una entre los tres, siquiera con el pensamiento.

Tomen ustedes dos maderos, redondos ó cuadrados, la forma importa poco, pero rectos. Den ustedes al uno dos y medio metros de altura; den al otro las dos terceras partes del primero; dividan este último por líneas en cinco partes iguales; tomen la parte baja del quinto superior; hagan una muesca en que ajuste bien la parte media del más corto; clávenlos si quieren, y sobre el testero del palo mayor, escriban las siguientes letras, INRI, que quieren decir, *Jesús Nazareno rey de los judíos*. Coloquen por fin, su instrumento así hecho, sobre un cuerpo ancho y sólido que le sirva de peana; póngalo delante, mírenlo, veánlo, contémpenlo, y si por un movimiento irresistible se prosternaren ustedes respetuosamente delante de él, digan que está bien fabricado.

De resto, hijos míos, la cruz no parece ser una invención humana: ella está hecha, esculpida y representada en la naturaleza misma de las cosas.

Levanten la vista al cielo, dirijanla hacia el hemisferio sur y la alcanzarán á ver en el crucero, linda constelación de brillantes estrellas.

Traigan su mirada hasta cerca de la faja zodiacal, y la hallarán igualmente dibujada en el firmamento.

Coloquen el dedo pulgar sobre la mitad del indicador y la tendrán prontamente hecha.

Abran los brazos, póngalos paralelos á la superficie de la tierra, y entonces ustedes mismos serán la cruz.

Observen atentamente el reino vegetal, y encontrarán numerosísimas plantas que la fabrican con gracia y con encanto en su corola. Por eso los naturalistas han reconocido la inmensa familia de las crucíferas.

Un pedazo de paja cae sobre otro y la forma como por acaso; el tronco de los árboles la imita á veces con la disposición de sus ramas; el follaje la produce caprichosamente; pero yo no acabaría con mis ilusiones, si quisiera mostrarles este signo en su estado natural, espontáneo y rudimentario.

Continuemos tratando de entrar un poco más en el fondo de asunto.

Los antiguos calcularon que la cruz se acomodaba muy bien como instrumento para el castigo de los criminales. Los romanos al finalizar la era anterior á la nuestra, la habían adoptado definitivamente como patíbulo, y castigaban sobre ella á los ladrones, á los falsarios, á los reos políticos y en general á todos los por ministerio de la ley debían morir infamados.

En el Asia menor, colonia por aquel tiempo de los señores del mundo, la cruz como suplicio gozaba de gran crédito. Era en aquella edad, lo que son para esta en el tiempo en que vivimos, la horca, el garrote, el arcabuz y la guillotina.

La pena de muerte para castigar los delitos políticos estaba vigente en casi todos los pueblos de la tierra en aquellos remotos tiempos. Herodes vió aparecer á un hombre en la Judea que se llamaba Jesús; ese hombre predicaba una doctrina contraria á las ideas reinantes. El tetrarca lo declaró revoltoso, dio cuenta de ello al César, y se le condenó á sufrir la pena de último suplicio. En la época presente, tal vez nosotros habríamos llamado a Jesús, faccioso; los españoles lo habrían llamado insurgente; los americanos del Norte, separatista; y en los pueblos de Europa, socialista, comunista, reformador y, acaso también, ladrón. En todo evento y sin necesidad de forzar mucho la sospecha, el Cristo habría sido perseguido y sacrificado como lo fue entonces.

Hay un hecho que debe justificarse, porque encierra en el fondo una gran verdad, y es el siguiente: al aparecer el Salvador la cruz era simplemente cosa, materia bruta, patíbulo, instrumento de afrenta y mueble para quitar vidas.

Condenado Jesús á morir sobre ella, la cruz se convirtió en arena, pero arena en este lugar no significa el polvo pedregoso de los ríos, ni de los torrentes, significa el campo abierto, el circo concedido por la vieja ley para los combates á muerte en que se ventilaban los altos juicios de Dios.

La muerte del Nazareno sobre la cruz, no fue ciertamente sino un duelo personal, un certamen sangriento entre el bien y el mal, entre la verdad y la mentira, entre la civilización pagana y la civilización moderna, entre la unidad de Dios y el politeísmo, entre las tinieblas de la edad pasada y la luz divina de la nueva era.

Y en efecto: cuando á la mañana siguiente al día de aquel sublime acontecimiento, la aurora comenzó á iluminar la tierra, el hombre saliendo como de un letargo profundo debió de exclamar: "Las ataduras de mi servidumbre secular están rotas; me siento independiente; mis facultades serán bastantes para hacerme libre; mi libertad se abrirá campo al traves de un grandioso horizonte; no quedará sujeto sino á las condiciones impuestas por el deber, por la equidad y la justicia y no tendrá por fronteras que limiten su acción, sino los puntos en que principie el derecho ajeno."

Y mientras tanto, la mujer de su lado, debió de ir en busca de su antiguo señor; debió de reclinar amorosamente su ligera cabeza sobre el pecho varonil de su esposo, y dirigiendo hacia su noble y augusto semblante una mirada tierna y dulce como el beso de un niño, debió de decirle por la primera vez: "Amigo mío, ya no soy tu esclava, soy *tu amante*".

Que ese drama fue lo dicho, no debe quedar duda alguna para todo hombre medianamente pensador, que haya estudiado la historia de la humanidad en sus relaciones con la Provincia de Dios.

Veán ustedes y observen un cuadro de Rubens, de Rivera, de Van-Dick o de otro cualquiera de los grandes maestros, en que está representada la crucifixión o el descendimiento. Notarán en el, que la luz inunda con todo su brillo la cabeza y el rostro de Cristo, así como también el leño de que está pendiente, y que todo lo demás está cubierto por sombras. Hecho sencillo y natural; la inspiración intuitiva del genio, revelando una verdad inmensa por medio de una paleta y de una brocha.

El hombre-Dios defendía una doctrina, el gentilismo defendía otra, y en ese debate hubo un encuentro sangriento entre el Apóstol Divino y el politeísmo tiránico, representado por Roma. Muchas veces me han referido ustedes con esa adorable ingenuidad de niños y tal cual la aprendieron en la escuela, esa tragedia interesante y conmovedora, cuyas peripecias desarrolladas en el Gólgota ustedes conocen una por una. Su inocente elocuencia me conmovió siempre más de lo que después ha logrado conmoverme la lectura del

orientalista señor Renán, y, ¿saben ustedes por qué? Porque su voz era la expresión del sentimiento religioso y de esa franca sabiduría de la niñez, y porque la del otro me parece ser la expresión del propagandista calculador.

En el certamen sostenido en el Calvario la tesis fue bien simple; se redujo a diez verdades que resumen en sí toda la ciencia moral, social y política del linaje humano; diez verdades que resuelven todas las dificultades, que allanan todos los obstáculos de la vida, que perfeccionan el ser, y a cuya práctica se deberá siempre la felicidad posible sobre la tierra.

Hay más: esas diez verdades fueron concretadas por el Maestro, en una, que forma la síntesis de toda la doctrina.

Cuando por el estudio rutinero y común, se trate de concretar en leyes toda la inmensa manifestación de fenómenos que abarca el mundo moral, podrá tal vez extrañarse a primera vista, que todo el saber quede reducido a tan corta cosa. Sin embargo, meditando un poco se caen en la cuenta de que filosóficamente hablando, así deber ser. Y debe ser así, porque la simplificación científica, es la aspiración más legítima y apremiante del pensamiento, cuando en busca de los principios y de la verdad que ellos contienen. De esta manera, los diez cánones sancionados por el cristianismo y encerrados en uno, no contienen nada más ni nada menos, que lo que el Ser Supremo, puede y quiere conceder, y lo que el hombre debe recibir. Sea cual fuere la operación intelectual que se haga, no alcanzó a concebir reforma posible en la materia. Quítese o añádese, altérese la forma o el fondo de esta sublime enseñanza, y el mundo quedará definitivamente perdido. Todo en ella está pensando, calculando, meditando, y definido de tal suerte, que disminuirle ó agregarle un átomo, sería desvirtuarlo y hacerla estéril .

Con la ley que rige el mundo moral debe suceder exactamente lo mismo que con la ley que equilibra la materia de los mundos. Contéplese la creación estera: la fábrica es complicadísima, los objetos innúmeros y el peso parece imponderable. Óbrese por abstracción de pensamiento; sustráigase o adiciónese una libra, un adarme, una molécula, un átomo de la materia existente, y reflexiónese en las consecuencias. El cataclismo sería total, la dislocación de los astros instantánea y el fin del universo repentino.

Comprendo que me estoy desviando del asunto principal, más a propósito de la simplificación de las leyes científicas, no pudo prescindir para redondear el pensamiento, de hablarles algo más sobre lo que yo

creo que acontece en el estudio concienzudo y metódico de las ciencias naturales. Tomemos un poco de la física experimental propiamente dicha, si ustedes quieren.

Se empieza en las indagaciones de esta ciencia por estudiar la materia en su formas más grosera y palpables.

¿Qué se encuentra al principio como propiedades esenciales de los cuerpos? Se encuentra la impenetrabilidad y la extensión. La impenetrabilidad y la extensión, porque en el estado actual de nuestros conocimientos en la materia, las demás propiedades se tienen como subordinadas y secundarias.

¿Qué se halla como campo para la manifestación fenomenal de los hechos? Se hallan el movimiento, el espacio y el tiempo.

De esta suerte, en la mecánica racional, el tiempo, el espacio, el movimiento, la impenetrabilidad, la extensión, y como resumen de la sustancia, he aquí, los elementos de toda acción física y de todo fenómeno por complicado que parezca.

Fuerza, palancas, ruedas, cuñas, tuercas, tornillos, balanzas, péndulos y todo ese mundo de instrumentación, obran y se ejercitan bajo la influencia de los primeros elementos.

En la hidrostática y en la neumática, el principio material se utiliza un poco, pero las leyes que lo rigen se conservan idénticas: siempre simples, sencillas, concretas y tendiendo á la unidad.

En la acústica el mismo principio y leyes idénticas. Partículas, moléculas ó átomos en movimiento. El sonido, undulación molecular, pero si se armoniza, si se mide, si se combina esta undulación, música; pero siempre materia, impenetrabilidad, extensión, movimiento, espacio y tiempo.

En el calórico, vibración molecular ó atómica.

En la luz, undulación etérea. En la electricidad y el magnetismo, variaciones del mismo fenómeno.

Flúidos excesivamente tenue, incoercibles é imponderados; pero que caen siempre por virtud de la observación experimental, bajo el imperio de la misma ley y de los mismos principios. Fenómenos impalpables y vecinos por la ligereza de su esencia á la naturaleza aún desconocida del pensamiento; pero quedando sujetos para su conocimiento al poder inexorable de las matemáticas.

Y por esa razón, medida fácil de las velocidades y del tiempo en las undulaciones de la acústica, en las vibraciones del calórico y en las conmociones del éter que conducen la luz. La materia cambiando su forma aparente, pero siempre esclava de la ley eterna del movimiento.

Y ese movimiento á su turno cambiando los fenómenos de una manera casi incalificable. El choque produciendo sonido y calórico, el sonido haciéndose música, el calórico cambiándose en luz, electricidad y magnetismo, y á su turno la luz en calórico. Diversidad pasmosa de fenómenos, pero fenómenos iguales en el fondo. Las notas musicales atmosféricas equivaliendo á la gama dibujada en música luminosa en el campo del éter, el arco iris música celeste, sus diversos colores notas aéreas, el arrebol de la tarde y la aurora boreal, con sus distintos matices y accidentes, ópera sideral, y todo eso ¿por qué? Porque en todo hay sino evoluciones sencillas en la forma de la materia y en la intensidad del movimiento.

Inútil me parece advertir que las reflexiones precedentes no han salido de mi pluma de un modo espontánea y original: las hago á ustedes, porque son el fruto de mis cortos estudios y porque las creo conducentes para dar idea clara de la tendencia unitaria del espíritu humano, cuando investiga la exactitud de las cosas y de los hechos. Esta idea me vino de considerar la simplicidad de la ley de Dios, proclamada victoriosamente sobre la cruz. Volvamos á la última.

Después de la crucifixión, la cruz que era cosa, se hizo persona; de cadalso afrentoso se tornó en símbolo de redención y de vida; de materia bruta pasó a emblema, y de madero desnudo se convirtió en pabellon de las naciones.

Hubo algo más: la cruz se tornó en fuerza; pero no en una fuerza simple y débil, sino en una fuerza omnipotente, fuerza mayor y más activa que todas las que han obrado sobre los destinos de la humanidad.

El Papado, por ejemplo, ha sido una gran palanca en el mundo; pero su vigor y energía los ha debido á la cruz.

Las monarquías, las repúblicas, los poderes antiguos y modernos, jamás llevaron su influencia á un punto más alto que la ha llevado a la cruz.

Los caballeros de la edad media la colocaban en sus mantos, los guerreros sobre sus vestiduras, y todo el mundo cristiano las multiplicó maravillosamente. La cruz ha lucido y luce aún sobre el pecho de los héroes y de los nobles, significando virtud ó mérito.

Empero, dejemos la Europa, y estudiemos someramente su influjo civilizador en el continente Americano.

No hay que hablar del mosquete, de la espada, de la pólvora, del plomo y de los perros de presa, traídos por nuestros antecesores para la conquista y colonización de estos países. Todos esos instrumentos eran de destrucción y aniquilamiento: dos eran únicamente de salvación y de vida: la cruz y la Biblia, que para el intento eran una misma cosa.

Si se viaja desde el estrecho de Behring hasta el de Magallanes, y desde la tierra más oriental hasta la más occidental de América, por todas partes se halla hoy el madero santo, multiplicación infinita y prodigiosa de la primera cruz, de la cruz de Baracoa.

En las alturas del monte Sanelías, en las montañas Blancas, en los valles del Misisipi, en las faldas del Orizaba, del Masaya, del Ruíz, del huila, del Puracé, del Cayambe, del Chiles, del Cumbal, del Imbabura, del Pichincha, del Antisana, del Cotopaxi, del Tunguragua, del Chimborazo, del Azaay, del Arequipa, del Ilimaní; en las selvas, en las quiebras, en los sotos, en las colinas, en las hondonadas; sobre las cordilleras; sobre las islas, y en todas partes, en fin, está izado gloriosamente el símbolo de la redención.

Observen, ustedes, una ciudad americana medianamente populosa. Antes de que existiera, el terreno estaba cubierto de bosque; el hacha del colono lo derribó sin dejar uno siquiera de sus árboles. La sombra de cedros seculares, de altos guayacanes, de viejas encinas, de copudos algarrobos ó de robles corpulentos, jamás cubrió en la América primitiva una asociación humana escasamente civilizada. Tribus nómadas, tropas de canibales salvajes vagaban por esos campos en estado casi de naturaleza.

Sobre aquel campo abierto se elevó un templo; sobre el campanario de ese templo se colocó una cruz. Llamados por esta señal de reunión, comparecieron los fieles, delinearon calles, hicieron plazas, fabricaron habitaciones, arreglaron la vida del hogar, fundaron escuelas, se instruyeron, fraternizaron, cambiaron de ideas, mezclaron su espíritu, crearon vínculos de amor, de caridad y de interés, y de ese modo perfeccionaron más ó menos un grupo social y cristiano. En esas nuevas poblaciones, la cruz sirvió de elemento de progreso y de señal de cita. En el templo se encontró por doquiera; sobre el campanario y sobre la cúpula, en la fachada y en el tabernáculo, en las paredes y en las columnas, en el cáliz y en la hostia, en la casulla y en el alba, sobre la cátedra sagrada y en la cima de todos los altares.

La cruz en las familias y en los pueblos se hizo una especie de talismán, un remedio infalible, un amuleto seguro, una panacea. Se hizo su señal á la caída del rayo, al salir de la casa, al estampido del trueno, al entrar en la iglesia, al bostezar, al comer, al estornudar, á la hora de dormir, á la de levantarse, al entrar en el baño, y, en fin á todas las horas de una acción cualquiera de la vida, por insignificante que fuese.

Sin la cruz no se concibió la existencia; se empleó para espantar el espíritu de las tinieblas, para implorar la misericordia del Señor, para comenzar la oración y finalizarla; las bellas la colocaron sobre su seno como un adorno; las madres la pusieron amorosamente sobre el pecho de sus tiernos hijos, y los adultos la llevaron con fe en el extremo de su rosario.

La cruz significó seguridad, salvación y consuelo; presidió á los bautizos, á los matrimonios, á los entierros, y se colocó por millares en los cementerios.

Vean, ustedes, sobre el lecho de muerte á un moribundo; á su lado habrá un hombre y ese hombre será el sacerdote, que murmura algunas oraciones y que espía el momento en que el alma ha de desprenderse del cuerpo, para hacerlo besar una cruz.

Si ustedes viajaren por nuestros bosques muy lejos de toda habitación humana, verán á veces una tosca cruz de madera colocada en la orilla del camino. Al pié de esa cruz habrá una multitud de piedras pequeñas, y esas piedras las contarán, ustedes, por el número de oraciones que los viajeros han elevado á Dios por el descanso del alma de un hombre que allí murió.

Cuando se pretenden tener fe en la palabra de un hombre cualquiera, para elevarla á la categoría de verdad incontestable, se le hace formar una cruz, se le manda jurar por ella y todo queda dicho.

Habría materia para formar un libro, si se tratara de desenvolver ampliamente el contenido de cada una de las alusiones sumarias que acabo de hacer acerca de la influencia omnipotente de esta simple señal que se conoce en el orbe cristiano con el nombre sencillito de señal de la cruz.

Sería hacer la historia de todo el cristianismo, pretender hacer la de este simbolo de libertad, porque efectivamente toda esa historia está vinculada en él, y á él se refiere.

Querer explicar el germen civilizador de las sociedades modernas, tan sólo por el influjo del comercio, de la industria, del vapor, de la pólvora, de la brújula, de la imprenta, del telégrafo y de todos los demás hallazgos científicos, sería hasta cierto punto una petición de principio, porque reflexionando bien, se concibe que es por la excitación espiritual, nacida en el alma por el estímulo de la doctrina predicada en la cruz, por lo que el mundo se ha levantado como un gigante en los diez y nueve últimos siglos transcurridos, para alcanzar su pasmosa y sublime perfectibilidad.

Sin embargo, por una causa de explicación oscuro ó acaso imposible, el mundo, que tanto debe á la doctrina y al simbolo, afecta querer despertarse como de un letargo, y frotándose los ojos como para ver en medio de las tinieblas, parece decir: "La situación no me satisface; la reforma es indispensable; el porvenir necesita mi aliento; debo emprender una obra de zapa y de tala; la cruz y el calvario hicieron ya su obra; esos dos elementos me contrarian; están envejecidos y caducos; son perjudiciales y dañinos: aplanarémos la montaña y talarémos el árbol."

Hay una profunda ingratitud en las entrañas de esa fórmula blasfema y criminal.

Yo me atrevería a pedir gracia para el monte y para el árbol.

MANUEL URIBE A.